

Pedro Emilio

Por Valentín Arias

Pedro Emilio Guillén Paredes vino al mundo con un secreto saltándole en el cielo de la boca. Nació en la copa de una mata de mango que se encontraba en la cima de la Montaña Mágica. Su madre, Virginia, no quiso parir en ningún hospital: tenía miedo de ser atendida por un médico de bata azul, guantes de hule y mascarilla tapaboca. “Una persona que no deja ver sus labios es capaz de pescar ballenas blancas”, repetía Virginia con cada contracción que sufría.

Gabo, su padre, tuvo que luchar con las astillas que salieron en lugar de la placenta. Tanto movía el viento de noviembre el ramaje del árbol, que Pedro Emilio se le resbaló de las manos y cayó cinco metros en línea recta. El golpe no tuvo mayores consecuencias. Sólo eliminó sus posibilidades de convertirse en bioanalista, físico, matemático, ingeniero y congresista.

Pedro Emilio creció en la pobreza elegida. Sus padres habían abandonado la comodidad de un hogar acolchado con plumas, sedas, cuadros y desinfectantes aromáticos para dedicarse a leer novelas en los claros de las montañas, en la soledad de las playas, alumbrados por velas en mitad de los acantilados. Leer era el vínculo que los unía, la única seguridad que tenían de renovarse. Se contaban el uno al otro los libros una vez terminados, y a su vez a Pedro Emilio desde que éste tuvo edad para enterarse.

Su primer y único regalo fue un cuaderno usado, repleto de hojas amarillentas, arrugadas, con olor a humedad y mordisqueadas en sus bordes. Victoria y Gabo nunca tuvieron dinero para comprarle más diversiones a su único hijo. Ese cuaderno fue el único presente que pudieron hacerle en toda su

vida. Él lo atesoró siempre como su juguete más importante. Dormía abrazado a él o lo usaba bajo la almohada, pasaba horas contemplándolo, pero no lo tocaba. Ni un solo rayón le hizo hasta que cumplió los diez años.

A esa edad, Pedro Emilio empezó a develar la razón de su existencia. Un dolor en la muela izquierda le llevó directamente al dispensario que atendía el doctor Granados. Éste se sorprendió al ver la boca del muchacho: todos sus dientes eran de caoba fuerte, fina, pulida, con olor a lluvia mañanera. El dolor que sentía era producto de una pequeña polilla que se había colado mientras se tallaban sus molares.

- Oye niño, ¿todavía no has ido al bosque?
- No. Papá aún no quiere llevarme.
- Pues dile a tu papá que ya tu boca está lista.
- Él dice que aún faltan las manos.
- Tus manos también tienen el tamaño necesario para absorber la tinta.

Pedro Emilio abandonó el consultorio pensativo. Sus manos eran de una extraña mezcla de arroz y cáñamo. Ya a su edad, podían cambiar de color dependiendo de la temperatura y resistir cualquier trabajo. Con ellas podía llevar el agua del pozo a casa cuando hacía falta cocinar los alimentos. Absorbía, pero nunca se quedaba con nada: tenía una maravillosa capacidad para exprimirlas y liberarse así de todos sus rencores y desesperanzas.

Gabo, al verle llegar del dispensario, supo que el momento de la despedida había llegado. Ya Virginia tenía la maleta preparada y una lágrima corriéndole por la mejilla derecha. Su hijo tenía que irse.

Pedro Emilio sospechaba, pero aún no lo admitía. - Mis manos están hechas para absorber sémola y yute, dijo para romper la tristeza instalada en la sala. – Lo sé hijo, respondió el Gabo. Pero no pensé que todo llegara tan rápido.

Victoria le dio un beso y salió de la mano con su padre rumbo al sendero que conducía hacia el bosque. Mientras caminaban en silencio -pensando en la suma de octaedros el uno y contando las piedras del suelo el otro- los arbustos que dejaban a su paso empezaron a latir y las avestruces a cagar harina de níspero. El polvo del suelo se fue convirtiendo en cristales.

- ¿Mamá Virginia te dio el mapa para que orientes la barca?, preguntó Gabo.
- Lo tengo guardado debajo del zapato, contestó Pedro Emilio.
- ¿Estás preparado?
- Creo que sí, le contestó Pedro Emilio a su padre, mientras escuchaba el rumor del río acercarse.

Al llegar al claro del bosque, buscaron en el mapa la pequeña balsa de cornocopios turquesas que Victoria había construido previéndolo el día de levar anclas. Juntos la arrastraron hasta la orilla. Con ayuda de un cordón de serpentinas multicolores, lograron tirarla a flote.

- Recuerda que solo tienes dos tomos para alimentarte. No los malgastes, dijo Gabo con la voz entrecortada y haciendo un esfuerzo supremo para contener las lágrimas.

Pedro Emilio asintió.

- Dos leguas más abajo, al final de recodo que se forma en la orilla sur, encontrarás una cinta de color granate, completó el Gabo mientras

veía a su hijo apoyar la inmensa vara de melcocha en el fondo del río a manera de impulso y apoyo.- Pégala al remolino de tu cabeza, ahí en el mismo lugar donde has de quedarte calvo a los veintisiete años, gritó al final, mientras corría por la orilla del río con los pies transformados en patas de ganso. Pedro levantó su mano derecha con el puño cerrado y el pulgar apuntando al cielo. Lo había escuchado fuerte y claro.

Pasó cuarenta y seis años navegando por las aguas del río Cumboto. El tiempo no era una medida común: cada año que transcurría en el río equivalía a la cantidad de niños que se enamoraban de la lectura en una hora de seres humanos citadinos. Durante ese tiempo, Pedro Emilio fabricó diecisiete hojas tamaño carta: utilizó hilos nacarados provenientes del polen de las orquídeas florecidas en Mauritania. Empastó cada hoja que fabricaba al viejo cuaderno que le habían regalado sus padres. Sobre ellas escribió con tinta de zarzamora que ya empezaba a salivar en las mañanas. Apuntó, en ese orden, el peso de la uña de un elefante desmigajado, el color de las lapidas del cementerio de Montjüic justo cuando el sol las alcanza con sus últimos rayos a las seis y veintiuno de la tarde, el sabor de la arena rojiza de las pampas de Jumana, el material con que se pesa la levedad del alma mientras se escucha a un vagabundo llorar, la fragancia que desprenden los bigotes de Ernesto Sábato luego que éste se fuma su segunda caja de cigarros, la letra de una canción que comienza con la frase “Bandera”, y la dulce cacofonía de la pronunciación del nombre de Francisco Luque Quesada.

Pasó muchos días sentado sobre sus talones, con el remo de melcocha sobre el regazo, llorando por Albert Einstein. No había física ni matemática que

podiera devolverle el patio de juegos de su colegio de la infancia. Tanto lloró que tuvo que arrancar las hojas para detener la hemorragia de lágrimas que le brotaban por los ojos y las manos rebosadas.

Un bacalao rayado salió del agua y se elevó frente a la balsa. Aleteando con la ayuda de dos amarras de palmito que llevaba incrustadas un poco más atrás de las rémoras, invitó a Pedro Emilio a no distraerse. Debía terminar de utilizar el resto de las páginas que aún le quedaban en el cuaderno. Era el paso que necesitaba completar antes de llegar a su destino final. Pedro Emilio lo escuchó y siguió su consejo:

- Con dos esquinas de una página fabricó origamis con forma de Ave Fénix. Ambas volaron sin demoras a manos de John Ronald Reuel Tolkkien.
- Dibujó un cómic. No le gustó el resultado, pero guardó el borrador.
- Escribió una carta a Jorge Luis Borges. Quería decirle que, aunque lo intentó muchas veces, no logró nunca entenderle. No recibió respuesta.
- Diseñó un billete de que utilizó para intercambiar provisiones de almendros y habichuelas con los buques de cartón piedra que recorrían el río en sentido contrario.
- Copió un retrato de una india Piaroa amantando con carboncillo a su bebé.
- Construyó una pajilla para beber el agua.
- Y un clarinete para espantar la depresión de las noches solitarias.

Los apellidos Guillén y Paredes, única herencia que quedaban de sus padres, desaparecieron de la memoria de Pedro Emilio la madrugada del 13 de septiembre. Sucedió cuando se percató que el secreto que guardaba en la

boca desde que había nacido ahora se le revelaba en el ambiente. La balsa de cornucopios avanzaba lentamente sobre el río en calma, vistiéndolo su color más oscuro y silencioso. El borde izquierdo del afluyente había desaparecido: en su lugar se instaló una larga pared blanca recién pintada. Pedro Emilio sintió el pecho hincharse con un aroma de pegamento viscoso. Sus pies ya se habían transmutado en cartón marrón, y sobre ellos continuaban sucediéndose capas hasta alcanzar la firmeza de la tapa dura. Al minuto siguiente descubrió la poca utilidad de las rodillas: encontró más flexible su torso a la altura de las caderas. El ángulo alcanzaba los 180 grados si se extendía completamente. Elevó la cabeza al cielo: estaba a punto de amanecer. La luz otorgaba sus primeros brillos naranjas rebotados en el corto oleaje de la corriente. Pedro Emilio recorrió con su mirada lo que todavía quedaba de río, que ya estaba siendo consumido por un brochazo de realidad. Entendió el mensaje: su destino tenía puerto de llegada. Toda su vida se supo parte de la cofradía conformada por el aserrín y el polvo, los ácaros y el olvido, pero también por la palabra, una experiencia que se sostenía a sí misma, un refugio de fantasías y posibilidades, diagonales, regates y remates.

Cuando dirigió la balsa hacia la derecha, recordó a Roberto Bolaños. Sonrió al imaginarle saltando al vacío desde su trampolín embarrado en crema de nueces. Pedro Emilio sintió la balsa fondear en la orilla: soltó el remo, echó el ancla y puso los pies en la tierra. Rió con el cosquilleo que sentía mientras su cuerpo acababa de mutar. Ya no tenía brazos sino contraportada. No era sudor, sino olor a guardado. La cubierta se reprodujo en sucesivos hipos de agua mineral. Se apoyó en el suelo, respiró profundo y esperó el crujido final.

A las ocho y dos minutos de la mañana ya era libro de tapa gruesa.